

## EL PECADO DE INDIFERENCIA PARA REFLEXIONAR Y HACER ORACIÓN IV

La cuaresma es tiempo de gracia y conversión, y, según un himno de la Liturgia de las horas, *éste es el tiempo de la misericordia*. El Papa Francisco nos dice que *necesitamos oír en cada Cuaresma el grito de los profetas que levantan su voz y nos despiertan*. Precisamente la primera Palabra de Dios que escuchábamos, al comenzar este tiempo fuerte, era del profeta Joel que recogía esta invitación del Señor todopoderoso: *convertíos a mí de todo corazón*. Lo que pide el Señor con este grito del profeta no es una tibia conversión, sino una conversión total y completa, contando por supuesto con su gracia y pasando de estar encendiendo *una vela a Dios y otra al diablo* a encendérsela únicamente a Dios para ser, como Cristo, luz en medio del mundo. Como reza el salmo 94: *ojalá escuchéis hoy su voz, no endurezcáis vuestro corazón*. ¿Seremos capaces de tener un corazón duro resistiéndonos a la invitación de nuestro Padre Dios que es *rico en misericordia*?

El Papa Francisco, en una de sus homilias diarias en la residencia Santa Marta invitaba: *Pensemos mucho, muy seriamente en nuestra conversión, para que podamos seguir adelante en el camino de nuestra vida cristiana..., para que podamos comenzar una vida nueva, convertida*. Por otra parte, en su Mensaje para esta cuaresma nos advertía: *uno de los desafíos más urgentes sobre los que quiero detenerme en este Mensaje es el de la globalización de la indiferencia... La indiferencia hacia el prójimo y hacia Dios es una tentación real también para los cristianos. El pueblo de Dios, por tanto, tiene necesidad de **renovación**, para no ser indiferente y para no cerrarse en sí mismo*.

Buscando en cualquier diccionario los sinónimos de la palabra *indiferencia*, veremos que esa palabra viene a significar: *frialidad, apatía, desatención, desinterés, desafecto, desmotivación, falta de acogida cariñosa, insensibilidad*. Cuando lo que estos vocablos significan se da **CONSCIENTEMENTE** en nuestras relaciones personales con Dios o con los hermanos, *se comete un pecado*. Y, cuando **conscientemente** o **con mala intención** se emplea esa postura como arma arrojadiza, puede ser un pecado grave. Escribió W. Shakespeare: *el peor pecado hacia nuestros semejantes no es odiar, sino tratarlo con indiferencia*. La Beata Teresa de Calcuta decía: *el mayor mal es la falta de amor y caridad, la terrible indiferencia hacia nuestro vecino que vive al lado de la calle*. Y son de un autor moderno estas otras palabras: *la indiferencia nos vuelve ciegos, sordos, mudos y paralíticos, sin que nos demos cuenta de ello*.

Podría decirse que la indiferencia frente a Dios o frente a los hermanos **enferma** gravemente, incluso mata, las *actitudes interiores* que deben darse en todo cristiano y, de manera especial, en todo servidor de la Iglesia, sea sacerdote, religioso, miembro de un Consejo, catequista o voluntario de Cáritas... Si esto ocurriera, en esas personas quizá se estaría dando “buena letra”, pero faltaría “espíritu” y, en frase de San Pablo a los corintios, *la letra mata, pero el espíritu vivifica*, da vida.

Lo que evita que se dé en nosotros la indiferencia es el **amor cristiano convertido en cariño humano**. Decía un anciano de una residencia: *aquí me tratan bien, pero en mi familia me dan cariño*. Esto exige en nuestras relaciones con Dios y con los demás se cuiden muy mucho estas actitudes: intentar poner a Dios en el centro de nuestro trato o servicio a los demás; acogida afable, sonriente y amistosa; total amabilidad de corazón; escucha paciente y atenta; compartir las alegrías y las penas de verdad; y no buscarse a sí mismo en primer lugar, sino siempre el bien del otro. El cristiano por vocación está llamado, siempre de acuerdo con su carácter, a **ser en todo momento reflejo de la ternura de Dios y, por ello, a repartir con todos esa ternura divina**.

El Papa nos invita en el Mensaje de la Cuaresma de este año a que nos convirtamos del pecado de indiferencia. Seguro que habrá actitudes y comportamientos de indiferencia de los cuales nos pide el Señor que se dé en nosotros una conversión. Hagamos un sincero examen de conciencia y actuemos en consecuencia.

Alfonso Martínez Sanz